

Alejandro Horowicz

Discursos de campaña

Alejandro Horowicz
 Docente e Investigador,
 Facultad de Ciencias Sociales,
 Universidad de Buenos Aires

Todos sabían el resultado. Las elecciones presidenciales del 2007 eran el secreto a voces de la política nacional. ¿Cómo contar esa remanida historia televisiva?

Una campaña electoral es un relato donde los votantes participan de la compaginación y la andadura. El candidato propone un hilo argumental que organiza el pasado y desde esa apoyatura ¿resolverá? la oscura trama del futuro. En el hilván del oficialismo Cristina copa la escena, detrás de los cortinados del palacio restos humeantes de una catástrofe recuerdan el pasado inmediato: el 2001, que no es la odisea del espacio precisamente. Si los votantes quieren que el pasado no se repita, que los saqueos no se repitan, que la exclusión no se repita, que la catástrofe no se repita, saben que tienen que hacer. Historia sencilla, de final razonable y marcha garantizada, ya que la mayoría comparte existencialmente el argumento. Como en los buenos teleteatros se vota el placer de la repetición.

Los demás candidatos deben contar, obviamente, otras historias.

La de Roberto Lavagna tampoco es difícil: expurga el relato oficialista, explica que la solución de la crisis del 2001 lo incluye -coincidiendo también con la experiencia colectiva- desde antes del ascenso del presidente K y Cristina. Que las virtudes reconocidas de la situación actual lo tienen por principal gestor y que los defectos - intemperancia, dificultades para la autocrítica, falta de genuina tradición democrática -son los que la prensa independiente le achaca desde siempre al gobierno. Para una solución de calidad superior vote la versión Lavagna de esa historia.

El relato tiene dificultades de puesta. La marca de la producción, Unión Cívica Radical, así como su productor estrella, Raúl Alfonsín, no go-

zan de suficiente imagen positiva. No garantizan una "solución superior", por estar directamente asociados al 2001, al gobierno de la Alianza, entre otros impiadosos avatares. Para aceptar el relato del ministro de Economía de Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner, se debe obviar el soporte de la marca. Por tanto, resulta un relato entreverado, no apto para cardíacos.

La historia de Lilita Carrió impone abruptas oscilaciones. Integró la Alianza, junto con Alfonsín, López Murphy y Chacho Álvarez, pero se retiró antes del diluvio; respaldó al progresismo capitalino de Aníbal Ibarra, junto con el oficialismo; no se definió sobre "Cromañón", igual que el oficialismo; respaldó a Jorge TeLerman contra Mauricio Macri, a diferencia del oficialismo, pero sin inmutarse sumó a Patricia Bullrich y otra vez rozó el acuerdo con Ricardo López Murphy. Resiste las retenciones agropecuarias y se alinea con la Iglesia Católica en todo lo demás. Imposible monólogo sin previa buena voluntad de la platea, y la clave del ¿éxito? está en la furia incandescente que destila contra el oficialismo.

Los demás relatos son marginales: experiencias anteriores al 76 -Pino Solanas-, el devaluado mercado del cuento folclórico -la izquierda auto-proclamada-, o las ramplonerías asesinas de una derecha impotente. En ese punto las escuetas estadísticas electorales permiten entrever la otra historia; la primera fuerza obtuvo el 46 por ciento de los votos emitidos, pero sometida al desagio -el 27 por ciento del padrón no voto- la cifra se angosta hasta el 35 por ciento; la segunda fuerza esta constituida desde una pasividad que ninguna de las historias conmueve; y Carrió y Lavagna cierran un pelotón incapaz de sobresaltar a nadie. De modo que las emociones políticas solo nutren las filas del oficialismo.